

From: *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 28.1 (Spring, 2008): 195-99.
Copyright © 2008, The Cervantes Society of America.
<http://www.h-net.org/~cervantes/csa/artics08/LozanoReniebllass08.pdf>

Stanislav Zimic. *Cuentos y episodios del Persiles. De la isla bárbara a una apoteosis del amor humano*. Vilagarcía de Arousa: Mirabel, 2005. 280 pp. ISBN: 84-934275-7-8.

Tanto la novela greco-helenística como la novela bizantina propiamente dicha practicaron con profusión el procedimiento que consiste en confiar la narración a uno de los personajes o en interrumpir la trama principal con narraciones episódicas. La importancia que tienen estas narraciones en la formación del género adquiere tales proporciones que sería difícil comprender la novela tal y como la conocemos hoy si

prescindiéramos de su historia. No estamos únicamente ante un fenómeno de oralidad residual encaminado a diversificar el punto de vista, sino que es el resultado de la incorporación de diversos géneros orales al mundo de la escritura. En la narrativa cervantina, pero muy especialmente en el *Persiles*, todavía es posible rastrear ese proceso de formación ahondando en la configuración de estos relatos, que responden a las convenciones del género de la novela bizantina, por utilizar la nomenclatura que prefiere Stanislav Zimic. *Cuentos y episodios del Persiles. De la isla bárbara a una apoteosis del amor humano* es un intento de explicar la unidad del *Persiles* tomando como eje articulador estos relatos. Para explicar esta unidad, Zimic parte de la premisa de que el *Persiles* es, ante todo, “una historia del amor y matrimonio de Periandro y Auristela, los protagonistas, en continuo e intenso entrecruce con numerosas otras historias de amor” (22). Cada una de estas historias ilustra un caso de amor, unas veces como mera realización literaria otras como auténticas experiencias vitales.

El volumen está estructurado en veinte capítulos o apartados en los que se revisa cada uno de estos casos de amor, precedidos de una breve introducción, y seguidos de dos apéndices textuales y el consiguiente aparato crítico. En la introducción Zimic aborda algunos aspectos relacionados con la composición y con el género del *Persiles*. La composición se realizaría en dos tandas. La primera versión, acaso concebida en los inicios de la actividad literaria de Cervantes, incluiría el material de los dos primeros libros y la conclusión final. El viaje a Roma y la idea de convertir a los protagonistas en peregrinos, esto es, el libro tercero y parte del cuarto, serían un añadido posterior. Algunos de los cuentos del Libro III se concibieron de manera independiente quizás, afirma Zimic, “como novelas ejemplares, o hasta como piezas dramáticas y entremeses” (19). La versión definitiva del actual *Persiles* sería, pues, fruto del acomodo del nuevo material al armazón de la versión primigenia unificándolo todo con un contenido amoroso, propio de la novela bizantina. Y es que para Zimic, el género del *Persiles* responde al de una novela bizantina, cuya trama principal se entrecruza con otros relatos secundarios que se narran fragmentariamente para completarse o anudarse al final, mediante un complejo sistema de referencia interna. Esta complejidad compositiva sería la responsable de la atracción que Cervantes sintió por la temática y la técnica bizantinas durante toda su producción y desde luego “mucho antes de que recibiese también el estímulo de la *Philosophía antigua poética* del Pinciano (1595)” (17). Temáticamente también se ajusta al género bizantino, que es, ante todo, según Zimic, un catálogo amoroso en el que se entrecruzan no sólo la historia de los protagonistas sino también los casos de amor protagonizados por los personajes secundarios. Estos casos de amor son el vehículo expresivo mediante el cual Cervantes profundiza en la interioridad de Periandro y Auristela, que aprenden y maduran su concepto de amor de manera que la anagnórisis física de las novelas bizantinas se convierte en una anagnórisis espiritual. Pero Cervantes, lejos de contenerse en las convenciones del género bizantino, adopta según Zimic, una actitud crítica y reta a los novelistas de la antigüedad explorando todas las posibilidades que le ofrece el género.

Este catálogo amoroso se hace patente en los tres casos de amor que se cuentan en

las intermediaciones de la Isla Bárbara. El español Antonio, de imprudente e incontenible condición, redime su arrogancia mediante el amor de la bárbara Ricla, hasta el punto de desear la reconciliación con su contrario. Ésta llegará cuando los peregrinos alcancen Quintanar de la Orden y se materializará en su propia hija, Constanza. Zimic ve en esta historia el triunfo de “la virtud y del buen sentido sobre las maliciosas sensiblerías de la honra vulgar” que jalona el rígido sistema de convenciones sociales del momento (31). No obstante y a propósito del abrazo entre Antonio, el joven, y su tía, seriamente recriminado por un criado, Cervantes nos recuerda que su historia se mueve más en el terreno del deseo que en el de la realidad social. La historia de Rutilio es de muy distinto corte, aunque forjada igualmente en las alas del amor. El maestro de danzar, condenado a la horca por seducir a una alumna, escapa de la prisión con ayuda de una hechicera. Zimic escudriña las fisuras del relato y se pregunta si Rutilio no habrá inventado un caso de amor para impresionar a sus oyentes, ávidos de historias sazonadas con los más peregrinos infortunios. En cualquier caso, independientemente de la veracidad del relato, concluye Zimic, no hay por qué escatimar méritos a la destreza narrativa del italiano (37). El tercer caso trata de los trágicos amores del portugués Manuel de Sousa y Leonora. A diferencia de la lectura que responsabiliza cuando no culpa a Leonora del desenlace o la que atribuye el desengaño de Manuel a su propia necedad, Zimic matiza aspectos poco tratados por la crítica, como las hondas motivaciones religiosas que impulsan a Leonora a decantarse por el amor espiritual para dar sentido a su existencia, al mismo tiempo que hace hincapié en el sesgo teatral y dramático del episodio (41).

Con el arribo a la isla de Golandia llegan nuevos casos de amor a medida que nuevos personajes se incorporen al relato. Transila se rebela contra las bárbaras leyes de una sociedad que se complace en violar a las vírgenes antes del matrimonio. Sus temores, subraya Zimic, tienen que ver con una actitud que oscila entre el amor paterno-conyugal y el temor ante la posibilidad de que padre y esposo, en connivencia con las prácticas del *ius primæ noctis*, fueren su regreso a la patria. También en las historias de Clodio y Rosamunda entran a formar parte el amor y el destierro. Este último se produce por los caprichos de un monarca antojadizo, que en nombre de la razón de estado atropella a sus súbditos, prescinde de una Rosamunda ya caduca para saciar sus apetitos, y de un maldiciente Clodio cuya locuacidad ha dejado de divertir al monarca. Ambos personajes representan, según Zimic, el desgarrar de quien se sabe llena de debilidades y de quien es consciente del destino que le está reservado a la crítica cuando incomoda al poder.

En la corte del vetusto Policarpo un nuevo elemento viene a añadirse a los casos de amor: los celos. Allí amor y celos permean tanto el discurso mismo, en forma de definiciones, sentencias, admoniciones autoriales u otras fórmulas discursivas, como la psicología de los personajes. La relevancia que adquieren uno y otro propicia, por una parte, los numerosos enredos que dan lugar a lo que Zimic ha dado en llamar los “amores entrecruzados” del libro segundo. Por otra, dota al libro II de una cohesión temática que, según Zimic, induce a pensar que acaso fuera compuesto como obra independiente. En esta corte, Periandro cuenta a sus compañeros un extenso relato que Zimic

analiza como un acto de amor. Se trataría de una respuesta a la zozobra amorosa que se apodera del corazón de Auristela. Periandro, sugiere Zimic, debió de inventar algunas de las historias que cuenta para convencer a Auristela de su fidelidad y constancia amorosa. Así la historia del caballo de Cratilo vendría a ser la confirmación del control de las pasiones que tanto habían angustiado a la celosa Auristela. Pero Zimic también lee el relato de Periandro como una crítica de todo el sistema de referencia interna y de los motivos típicos de la novela bizantina, es decir, de la prolijidad de sus descripciones, de las fastidiosas interrupciones que despiñan al más atento lector, de las falsas muertes, que Cervantes convierte en verdaderas, o del carácter llorón del héroe, que tanto perturbaba al espíritu clásico de Amyot, el primer traductor de las *Etiópicas* a una lengua romance. Esta sección, publicada como artículo en los años setenta, ha resistido bien el paso del tiempo y, dejando algunas matizaciones aparte, continúa siendo una aguda aproximación a la relación de Cervantes con el género de la novela greco-bizantina.

No obstante, aunque a partir del Libro II la novela discurre por otros derroteros, pueden rastrearse algunas deudas con la técnica de la novela bizantina. Como respuesta, también crítica, a la profusión de narraciones intercaladas e interrupciones tan frecuentes en el género bizantino, los dos últimos libros del *Persiles* hacen uso y abuso de los relatos intercalados hasta el punto de ejercer una fuerza centrífuga sobre la fábula llegando casi a diluirla. Zimic supone que buena parte del material de los dos últimos libros fue concebido de manera independiente, a modo de novelas ejemplares o piezas teatrales. La historia de Feliciano de la Voz se configura, para Zimic, como una novela corta en armonía con el conjunto de la obra, precisamente por su sesgo bizantino. El relato de Feliciano pretende los mismos efectos dramáticos y de suspenso que la acción principal a través de una trama tejida sobre la honra de una familia que no duda en echar mano de la sangre para limpiarla. Las estancias de amor que Feliciano canta y las que deja por escrito serían el contrapunto de la actitud irracional y precipitada de sus intransigentes parientes respaldados por un rígido convencionalismo social. Junto a la novela corta, el entremés es el otro gran ingrediente discursivo del libro III. El episodio de los falsos cautivos responde, para Zimic, a los rasgos fundamentales presentes en otros entremeses cervantinos, por lo que supone que fue concebido como entremés antes de entrar a formar parte de la novela. En el mismo sentido interpreta el episodio de Isabela Castrucha, llegando a sugerir, para el hipotético entremés, el título de *La amante endemoniada*. También el episodio de Croriano y Ruperta lo lee en clave dramática, aunque en esta ocasión lo conecta con las técnicas del teatro clásico.

Una variante de los casos de amor es aquella que incluye el matrimonio. En el episodio de Ambrosia Agustina, no convencen a Zimic las explicaciones que Contarino da de su negativa a la consumación del matrimonio y se pregunta si no renunciaría para utilizarla como cinturón de castidad, y así asegurarse la fidelidad de Ambrosia Agustina durante su ausencia (167). De la misma manera que la Ambrosia Agustina es una defensora a ultranza del matrimonio, el tahúr que se apuesta la vida para conseguir veinte monedas y así alimentar a su familia supone una conmovedora defensa de los valores familiares.

Todos estos casos de amor alcanzan su cenit en Roma. Allí Auristela sufre una crisis existencial que en un primer momento intentará resolver a lo divino pero que, luego, llevada de un temple más sosegado, rectificará, al comprender que el amor humano no sólo es compatible con el divino sino que aquel es su representación en la tierra. Esta crisis no viene dada por la experiencia de la protagonista en Roma, ciudad que para Zimic en modo alguno constituye un ejemplo de santidad sino un escenario que evoca en los personajes las más peregrinas emociones. Por el contrario, son las experiencias vividas tras un largo periplo las que forjan y modifican la comprensión del mundo de la protagonista (200). Gracias a ellas Periandro y Auristela adquieren una dimensión interior más profunda que los aleja de los acartonados personajes de la novela bizantina. A modo de “despedida” cierra estos casos de amor un breve comentario sobre la dedicatoria al conde de Lemos, donde Cervantes expresa su gratitud no sólo al estudiante pardal y a su benefactor sino también a todos sus lectores.

En *Cuentos y episodios del Persiles*, Stanislav Zimic se propone demostrar la unidad de la novela desde unos presupuestos temáticos y en buena medida consigue su propósito. Pero éste propósito tiene su lado débil al no terminar de encajar con su idea de que el *Persiles* sea una obra hecha de materiales de aluvión. En cualquier caso estamos ante una lectura generosa con el lector, con sugerentes interpretaciones que, sin duda, hará reflexionar a los estudiosos del *Persiles*.

Isabel Lozano-Renieblas
Dartmouth College
isabel.lozano@dartmouth.edu